XXIII.

Pedro Vignot y Albertina Jeanrond, que bajo los nombres de Bertin y Aurelia comparecieron ante el jurado, luego que hicieron sus declaraciones ocuparon sus puestos en el banco de los testigos, como es costumbre. El incidente provocado por la señorita de Fontaine, y el aplazamiento de la sentencia para otro día, les contrarió sobremanera. Comprendieron al mismo tiempo los dos que convenía verse, consultarse y tomar una pronta resolución.

Vignot, aprovechando el barullo, se

acercó á su querida, de la cual estaba lejos por prudencia, y la citó para aquella misma noche en su casa. Mejor hubiese querido hablarla al salir del Palacio de Justicia; pero pensó que Grimard, presente en el debate, procuraría reunírsele al terminar, y les quitaría la libertad. Tenía el deber de vigilarla, pues que para eso le pagaban, á pesar de su inútil vigilancia, y, además, le causaba placer tornar á su casa con una muchacha bonita. Con sus hábiles coqueterías, había acabado por embaucarle, y desde que no tenía dudas sobre su inocencia, el pensamiento de casarse con ella echó en su ánimo hondas raíces. Hubiera querido antes conocerla como querida; pero estaba desengañado de que era imposible lograrlo: Aurelia se mostraba rebelde hasta no poder más. Á pesar de varias tentativas y de los mil medios de seducción que empleó, nunca salía con su empeño: no le consentía más que ciertas pequeñas libertades, esas que no tienen consecuencias, propias de un amo libertino que tiene criada honesta, pero no feroz. Todas las noches, por prudencia, por miedo de un nuevo ataque ó una sorpresa, se encerraba; y

el bueno del polizonte llegó á tener tal confianza, que muy raras veces se levantaba para escuchar á la puerta y convencerse de que dormía tranquilamente. No obstante, la noche que pasaron juntos después de la escena del Palacio de Justicia, fué más agitada. Para comparecer delante del jurado y del tribunal, creyó Aurelia que debía embellecerse algo, y Grimard, que nunca la vió más que con la ropa vieja, quedó atónito contemplándola mejor vestida. Tanto, que, después de comer, probó á tomarse algunas libertades. La querida de Vignot estaba preocupadísima, y, sin darse cuenta de ello, se mostró tan indiferente á las caricias de su amo, que éste llegó á incurrir en la licencia, y sólo entonces mereció ser llamado al orden. Mas las audacias casi toleradas y los ataques apenas reprimidos le sobrexcitaron, y á eso de las diez, cuando Aurelia se retiró á su cuarto y cerró las puertas, estaba tan fuera de sí, que no quiso acostarse. Andando de un lado para otro pasó largo espacio, y la Culebra, que le oía, no se atrevió á salir, á pesar del afán que tenía por hablar con su amante.

Hasta la una de la mañana estuvo oyendo andar por la estancia de Grimard. Á esa hora, el silencio que reinaba la hizo comprender que la fiebre del polizonte había remitido, y que el bueno del hombre, sin duda acabó por dormirse. Silenciosa, con más cuidado que nunca, se levantó, abrió y cerró la puerta sin producir ningún ruído, y arañó tenuemente en la de su vecino.

Vignot la esperaba en la antesala: la condujo á la alcoba, por ser el lugar más lejano del tabique de la casa inmediata, y sin preámbulo ninguno le dijo:

—La situación ha cambiado. El negocio parece que se tuerce. Todo va á volver á empezar.

—¡Ya! Ya comprendo.

—El incidente que no podíamos prever, y que ha surgido por desgracia, requiere nueva instrucción. Se probará la inocencia de Morlain. Como acredite la coartada, se salva.... Entonces la justicia querrá tomar la revancha. Buscará al verdadero culpable.... ¿Y sobre quién recaerán las sospechas? Sobre ti....

—¡Ah! ¡También temes lo que yo!—exclamó Albertina temblorosa.

—¡Caramba! Eso es claro como la luz.... Pero, ¿de dónde ha salido ese diablo de mujer que le trae el socorro á Morlain cuando menos esperábamos? ¡Cuándo estaba á punto de sucumbir...., todos lo decían...., le han echado la tabla salvadora! Esa chiquilla debe ser su querida.... Después de su visita y del paseo que la hiciste dar por Bretaña, desconfió de ti, te ha hecho vigilar.... Tu espía...., ese imbécil que duerme ahí al lado, no ha descubierto nada, y como los amigos del reo no podían llevar al Juez ninguna noticia concreta, prefirieron callarse.... Temían que les perjudicara acusar á una testigo tan simpática.... ¿Si creerán que no lo he comprendido?.... Pero ahora ya no tienen por qué guardar silencio.... Lucía Fontaine contará lo que sabe, su amante probará la coartada, y luego la emprenderán contigo....

—¡Ay! ¡Qué desgracia!.... ¡Pobre de mí!....

—Te llamarán de nuevo á declarar. Te asediarán á preguntas, inútiles, antes, cuando te tomaban todos por una santa.... Inquirirán en tu pasado, buscarán tus antecedentes, y como tengas un instante de

duda, como te embrolles, que bien puede suceder.... á pesar de tu astucia...., ¡estás perdida! Empezarán por meterte en la cárcel, y no pienses ya en que te suelten. Una orden de prisión no cuesta nada...., y una vez te vean en Saint-Lazare, con la cabeza descubierta y con tu cicatriz en la mejilla y tu vicio del diablo...., que con la emoción te vuelve.... (ahora mismo no dejas de relamerte los labios), no te quepa duda, Culebrita mía, te reconocerá desde luego alguna de tus antiguas compañeras de prisión, y entonces, ¡adiós mi dinero!

—¡Sí, sí! Es verdad. ¡Estoy perdida!

—La convicción de los jueces no se hará esperar. Esa gente no cree en el arrepentimiento. ¿Fuiste culpable una vez? Pues también debes serlo otra.... «¡Ah! ¿Es Albertina Jeanrond, (a) *la Culebra*, la antigua querida del forzado Pedro Vignot? (dirán.) Pues entonces no hay que buscar más. Si lo hubiésemos sabido, no hubiéramos perdido el tiempo en requisitorias y juicios.... Ha matado á su ama, ó á hecho que la maten. Y ¿quién será su cómplice? Seguramente su amante, que escapó de presidio, y al cual buscamos hace un

año.» Y lo que es cuando así esté descubierto el pastel....

—¡Oh! Es espantoso, — exclamó Aurelia, estremeciéndose de pies á cabeza.

—Pues, mira, asustándonos nada conseguiremos (le replicó Vignot, cogiéndola por un brazo). Lo que hace falta, ya que estamos prevenidos, es tomar nuestras precauciones.

—Huyamos....

—¿Volvemos á lo mismo? Pero, chica, ¿tú quieres que nos echen mano cuanto antes?.... ¡Qué huir ni qué niño muerto!.... Ocultarte es lo que necesitas, y para eso, en ninguna parte mejor que en París. Y si no, á la prueba....

—¿Pero en dónde me esconderé?

—En una buena casa, tan buena, que á nadie se le ocurrirá ir á buscarte allí. En el hotel de la Duquesa de Limours.

—¿En el antiguo palacio Polkine?

—Precisamente. El lugar dichoso donde yace nuestro tesoro.

—Pero ¿quieres?....

—Matar dos pájaros de una pedrada: ponerte en salvo, y atrapar los dos millones.

—¿Y si me reconocen?

—¿Quién te va á reconocer? ¿Los criados? ¡Si fueran los mismos de otro tiempo!.... ¿Los dueños? Nunca te han visto, ni oído hablar de ti. Están completamente ajenos al asunto de Morlain, y quizás ignoran que existe.... Esos señorones no se ocupan de pequeñeces.... Y sobre todo, no discutamos, que no es tiempo de eso.... El negocio está preparado, la breva madura, y sólo falta cogerla. Oye cómo se me ocurrió la idea de hacerte entrar en casa de la Duquesa en calidad de doncella....

—¡Siempre criada!.... ¡Siempre sirviendo!....

—¡Pero en una buena casa; en la de una Duquesa!.... ¿Aún te quejas? Mira, ten paciencia. Guarda la ambición para cuando seamos millonarios, que no falta mucho.

XXIV.

Sentada, con los codos sobre las rodillas y la mirada atenta, Albertina escuchaba á su amante:

—Hace mucho tiempo (prosiguió éste) sabes que busco un medio para introducirme en el hotel de Limours, y permanecer en él unas cuantas horas.... No daba con él.... Es verdad que podía repetir lo que ya hice: presentarme figiéndome abastecedor de la casa ó cosa así.... Pero hubiesen entorpecido mis pasos como la otra vez; no hubiera podido contar con una hora de li-

bertad que necesito para dar el golpe.... Después de darle muchas vueltas al proyecto, hube de convenir en que no había más que un recurso: habitar en el hotel. Pero ¿á qué título? ¿Como secretario del Duque? Ya en otra ocasión desempeñé ese papel cerca del príncipe Polkine, y no me gusta repetir la suerte.... Además, el Duque no tiene secretario.... Esta razón es la más poderosa.... ¿Como criado? ¡Oh! Puedo asegurarte que no me apura el amor propio.... Pero en las casas grandes, los sirvientes, sean los que fueren sus oficios, llevan la cara afeitada, y si me quitan á mí las antiparras y el bigote, es igual que si me condenan á decir á voz en cuello. «Este que ven Vds. aquí es Pedro Vignot, el escapado de Caledonia.» Toda mi fuerza actual se reduce á un disfraz que me dé apariencias de viejo y enfermo, y á los papeles que le robé á Bertin. Si me desnudo de estas apariencias dándolas al diablo, el mismo demonio, bajo la forma de Merle ú otro polizonte, dará conmigo en presidio.

Vignot comenzó por advertir á su querida que el tiempo era precioso y urgía hablar pronto y bien....; pero se perdía en un dédalo

de frases inútiles....; se recreaba en su locuacidad, y gustaba de que le escucharan. El antiguo comparsa, redicho como él sólo, reaparecía por doquier, y se revelaba hasta en los menores detalles de su vida. Sin poder evitarlo, cuando tomaba la palabra, hablaba hasta incurrir en el vicio de ser insoportable.... Albertina era su público.... Pero ¡qué complaciente!.... ¡Como que veía en él al *non plus ultra* de los hombres listos!....

—Así, pues (prosiguió), era menester proseguir desempeñando el mismo papel de siempre, y buscar sin punto de reposo la ocasión propicia para franquear aquellos muros impenetrables.... Por eso vigilaba sin cesar y espiaba á sus habitantes.... Un día observé que el mayordomo, hombre ya viejo y con aspecto de antiguo servidor de los Duques, tenía costumbre de pasear por el parque de Monceau todas las tardes, hasta la hora de comer. Desde entonces todos mis afanes se dirigieron á trabar amistades con él. Paseaba por donde él, me sentaba en el banco que él acostumbraba escoger para descansar...., y al cabo de una semana logré mi propósito: éramos conocidos, y hasta llegué á inspirarle bastante confianza para que me

dijese un apuro en que se hallaba. Tenía precisión de escribir una carta de gran importancia, y no sabía cómo hacerlo.... Le faltaba estilo.... Ofrecíle mis servicios, los aceptó, y le atraje á mi casa.

—¿Á esta?—exclamó Albertina.

—¡No, mujer!.... Á la de la calle de Nápoles, que alquilé para estar á cubierto de todo accidente imprevisto.... No me hacen gracia las habitaciones amuebladas.... La policía las vigila. Tengo mis muebles, y habito en una casa particular con más comodidades y menos peligros. Resulta más cara, pero en nuestro caso la roñosería puede traer funestas consecuencias, cuando se trata de guardar la pelleja.... Mi hombre quedó encantado de mi amabilidad, de mi talento y de mi letra. Me rogó que le escribiese otras varias cartas que tenía atrasadas...., y yo le complací. De esta suerte adquirí el derecho de pedirle otros favores, y no perdí el tiempo. Le hablé de una persona á quien quería servir y que deseaba entrar en una casa aristocrática en calidad de doncella.... La suerte me favoreció, como de ordinario.

La Duquesa había despedido una de las

muchachas que la servían; el mayordomo, persona de toda su confianza, esperaba poder lograr que fuese admitida en su lugar mi protegida, que ya lo era suya...., y sus esperanzas no fallaron. Es cosa hecha. Hoy mismo te presentará á su señora, y si le agradan tu tipo y tus modales, serás admitida á su servicio.

—Es decir, que te propones que yo....

—Me propongo que tú seas la que revuelvas el escondite de nuestra fortuna, y recojas esos millencejos. Una vez que estés ya en la casa, nada es más sencillo. Cualquier noche, mientras duerme todo el mundo, sales de tu cuarto sin hacer ruído; como buena culebra que eres, te deslizas en el estudio.... El gabinete está á la izquierda, y cubre la puerta un tapiz que representa á Venus rodeada por una porción de amorcillos.... Ya en él, encontrarás fácilmente el tesoro; lo escondimos juntos, y debes recordar cómo lo hicimos. Desgarras el papel de la pared, descubres los ladrillos que están sueltos, los levantas, y verás los legajos de billetes detrás de ellos; como abultan poco, fácilmente podrás ocultarlos.... Tornas á dejarlo todo como antes, y

vuelves á acostarte. Por la mañana, sales como si tal cosa; le dices al mayordomo que te dé la cuenta, porque no te gusta el servicio de la casa; vienes á buscarme á la calle de Nápoles, y allí nos esconderemos hasta que la ocasión se presente y podamos sin riesgo anochecer aquí y amanecer en un país seguro. ¡Eh! ¿qué te parece la combinación?

—Muy bien (replicó Albertina). Pero el mayordomo conoce la casa en que viviremos, y....

—¿Y qué? ¿Por qué ha de venir á buscarte en ella? ¿Qué perjuicio significa para la Duquesa, ni para nadie, que no te convenga servir en su palacio? ¿Sabe, por ventura, que desde hace mucho tiempo existe un tesoro en su gabinete de estudio? No la robas, ningún mal le haces.... ¿De qué puede quejarse?....

—Me parece bien combinado. Tienes razón. Mis dudas son ridículas. Y, además, de esta manera tú no corres ningún peligro, y por eso me halaga ser yo quien dé cima al negocio. Pero, dime: ¿y el individuo ese que duerme ahí al lado?

—¿Te duele dejarle?

—¡Qué cosas tienes!.... ¡Hombre más fastidioso!.... ¿Pues no quiere casarse conmigo? ¡Figúrate tú!....

—Y se acredita de hombre listo. ¡Vas á tener un bonito dote!.... Conque, ¿estamos conformes?.... Anda, en marcha....

—¿Te parece que es ya hora de volver á mi casa?

—No. ¿Para qué? Desde aquí te vas á la calle de Nápoles.... El portero está prevenido. Le he dicho que llegarías en uno de los trenes de esta noche.

—¿Y mi ropa y mi cofre?

—¡Serás tonta! ¿Por ventura no lo preveo yo todo? Tu equipaje hace dos días que llegó. En la casa encontrarás todo lo necesario para presentarte en la de la Duquesa de un modo decoroso. Cambias de piel, hija mía. Aurelia ha desaparecido. De hoy más, te llamas Victorina.

—Sí; mas para el Juez de instrucción que me buscará, soy la misma....

—Que te buscará, es indudable; pero que de fijo no mandará los polizontes al hotel del duque de Limours, no es menos cierto.

—¿Y tú?

—¿Yo? Desapareceré también. Es lo prudente. Sabe Dios lo que puede suceder. Me ocultaré en la otra casa, y no saldré más que bien disfrazado el día en que vengas á buscarme con el dinero.

—Pero los muebles y todo lo que tienes aquí....

—Aquí se quedan. Es menester saber hacer sacrificios cuando llega el momento. No pienso llevarme más que lo restante de los cincuenta mil francos que Morlain le dió á tu ama (q. e. p. d.). ¡Y vaya si nos han sacado de apuros! Con ellos hemos podido vivir bien, amueblar la casa de la calle de Nápoles, y esperar á que los dos millones se nos vengan á las manos. Conque basta de charla, y lárgate. Si me dejas hablar, ya sabes que no acabo nunca.

—Ya me voy. Te obedezco. Pero no sé si la portera abrirá.... ¡á estas horas!....

—Entonces lo harás tú. Entras en la portería, y como sabes dónde está el cordón que abre la puerta, tiras de él, y te queda el paso franco. Si se despiertan los porteros, les dices que vas á buscar al médico para tu amo, que se ha puesto malo.... Es una excusa muy socorrida.... ¡Pregúntaselo si no á los dramaturgos ó á los novelistas!

Los dos bribones abandonaron la alcoba, y ganaron la antesala, andando de puntillas. De súbito se detuvieron. En el cuarto que habitaba Grimard se oía un ruído extraño. Uno y otro aplicaron el oído al tabique y escucharon atentos. El rumor que se percibía era un chirrido como el que produce el hierro rozando contra hierro.

—Está arrancando la cerradura de la puerta de la antesala,—murmuró Aurelia, con voz apenas perceptible.

—¿Pero la de entrada la cerraste bien?

—Sí; con dos vueltas de llave.

—Pues entonces tiene para rato hasta poder salir en tu persecución. Pero no pierdas tiempo.... Anda...., largo....

Así diciendo, Vignot abrió la puerta de la habitación sin hacer el más ligero ruído, y Albertina desapareció en la escalera.